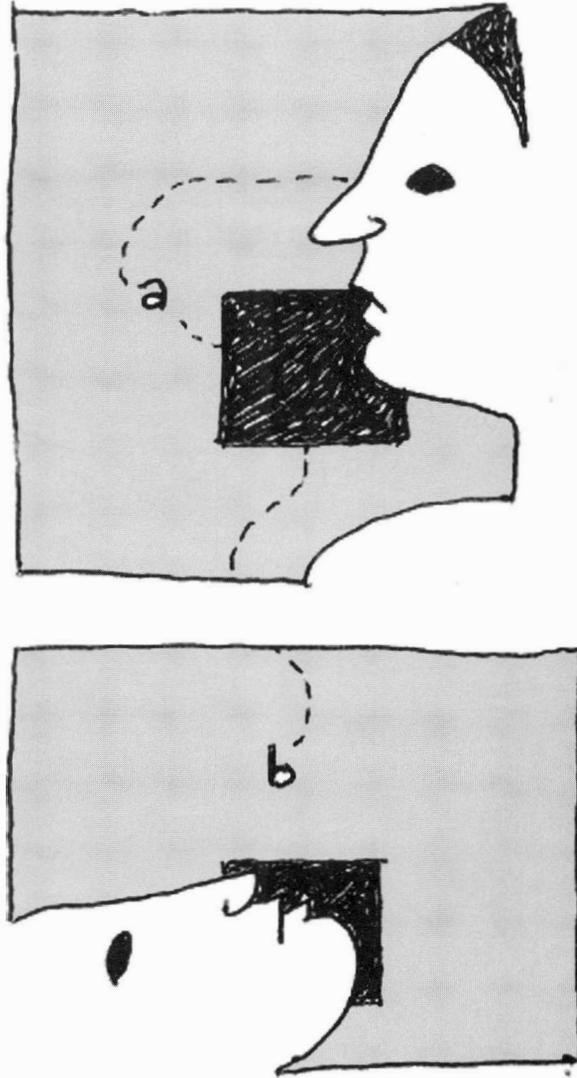


La psicología científica: un análisis desde las prácticas discursivas y no discursivas



* Ramiro Alejandro Arango Bermudez es psicólogo de la Universidad Pontificia Bolivariana

** Juan Carlos Betancur Ramírez es psicólogo de la Universidad Pontificia Bolivariana

*** Samir Ahmed Dasuky Quiceno es psicólogo, especialista en Ética y magister en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Ha tenido experiencia docente de pregrado y posgrado en las asignaturas de Ética profesional, Humanismo y Saber social, entre otras. Ha sido docente de la Universidad San Buenaventura y la Universidad Autónoma de las Américas. Actualmente es docente y coordinador del área de Humanismo, cultura y valores de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la UPB.

Ramiro Alejandro Arango Bermúdez - Juan Carlos Betancur Ramírez -
Samir Ahmed Dasuky Quiceno

La psicología científica: un análisis desde las prácticas discursivas y no discursivas

Ramiro Alejandro Arango Bermúdez - Juan Carlos Betancur Ramírez - Samir Ahmed Dasuky Quiceno

Resumen

El presente estudio describe la manera como la psicología científica o de la conducta asegura el cumplimiento de un encargo social mediante el ejercicio de unas prácticas discursivas y unas prácticas no discursivas. Los análisis se realizan siguiendo la metodología arqueológica y genealógica propuesta por Michel Foucault, donde se trata de dar cuenta de la relación particular entre el saber y las prácticas generadoras de poder, así, el contenido de esta investigación se desarrolla siguiendo esta perspectiva. En primer lugar, se hace una descripción de aquellos factores incidentes en el saber de Occidente que posibilitan la aparición de las ciencias humanas, entre las cuales está inmersa la psicología de la conducta a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX; en segundo lugar, se presenta el conjunto de condiciones epistemológicas y prácticas que le dieron (y aún la mantienen) a la conducta su estatus de objeto de conocimiento e intervención; en tercer lugar, se indica bajo qué argumentos y de qué manera la conducta se convierte en escenario de una lucha política de apropiación en el particular encuentro entre saber y las prácticas no aisladas de lo institucional, y las consecuencias subjetivas derivadas de esta relación de poder. Finalmente se concluye con una serie de interrogantes sobre el papel de la psicología científica en las relaciones saber-práctica-poder, para advertir el ethos que habita allí.

Palabras y expresiones claves

Psicología científica, conducta, prácticas discursivas y no discursivas, ciencias humanas.

Abstract

The present study describes the way how the scientific psychology or of the behavior assures the fulfillment of a social order by means of the exercise of discursive practices and non discursive practices. The analyses are made following the archaeological and genealogical methodology proposed by Michel Foucault where it is to give to account of the particular relation between the knowledge and the generating practices of being able, thus, the content of this investigation is developed following this perspective. In the first place, a description becomes of those incident factors in the knowledge of the West that make possible the appearance of human sciences, between which the psychology of the behavior is immersed, at the end of XVIII century and principles of XIX century; secondly, appears the set of epistemological and practical conditions that they gave (and even they maintain it) to the behavior its status of object of knowledge and intervention; thirdly, it is indicated under what arguments and how the behavior becomes scene of a political fight of appropriation in the particular encounter between knowing and the non isolated practices of the institutional thing, and the subjective consequences derived from this relation power. Finally concludes with a series of questions on the paper of scientific psychology in the know-practice-power relations to notice the ethos that live there.

Key Words

Scientific psychology, behavior, discursive and non discursive practices, human sciences.

Planteamiento del problema

A partir del fenómeno político y social generado por la psiquiatría a finales del siglo XVIII y principios del XIX consistente en introducir el elemento de la norma como regla de conducta o principio de conformidad (Canguilhem, 1981), se promulga en las sociedades occidentales la difusión de nuevas tecnologías de control de los individuos destinadas al cumplimiento de un encargo social que ha sido asignado a todas las disciplinas e instituciones sociales, pero que retomando la noción de normalidad, ponen en marcha una serie de mecanismos conocidos como «la curación» o «rehabilitación», que fundamentalmente van a apuntar a la eliminación de acciones socialmente inaceptables, manifestadas como síntomas en aquellos sujetos que son portadores de una diferencia intolerable para la sociedad. Para estos sujetos que pasan a ser unas personas rotuladas (por aquellos discursos que producen un saber sobre ellos), alteradas (por una serie de procedimientos prácticos) y discriminadas, se prescribe, mediante el uso de unas prácticas discursivas y no discursivas, el ejercicio de la «domesticación», encarnada por la figura del psicólogo, que al decir de Braustein (1975) no hace otra cosa que suministrar todo el esqueleto nocional para encarar la transformación de los «anormales» bajo la capa humanitaria de la curación.

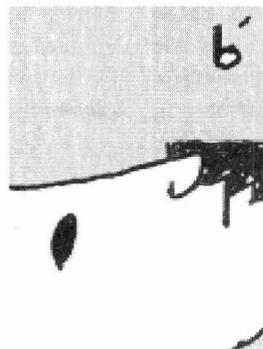
Tomando como punto de partida esta forma de ejercicio, en este trabajo se realiza un estudio apoyado en la metodología y en ciertos temas planteados por Michel Foucault, sobre la manera como las prácticas discursivas y no discursivas presentes en la psicología de la conducta, y puestas en juego en el tratamiento de lo que se denomina dentro de la nomenclatura científica como conducta, aseguran el cumplimiento del encargo social asignado a la psicología científica.

Desarrollo del tema

La aparición de nuevas formas y nuevos espacios para el saber, está determinada por una serie de factores

de orden epistemológico que sugieren y requieren el desplazamiento de la primacía del ingenio humano como artífice de tales surgimientos; no es la astucia del hombre ni su perfección cognitiva las que permiten tales apariciones. Si bien se puede hablar de «progresos» de la razón a través de la historia, hay que despejar estos progresos de la carga trascendentalista con que se suele imprimir y ubicarlos en la historia como condiciones efectivas de posibilidad. Para hablar de condiciones de posibilidad es necesario un marco en y por el cual los eventos se hacen posibles o no, marco éste que define las posibilidades de lo aparecible, de lo decible, de lo enunciable. Lo que acaece allí no opera como una voluntad que prescribe aquello que habrá de devenir en el saber sino como un sistema enunciativo que deja espacio sólo para ciertas modalidades de enunciación y sus posibles relaciones.

De este modo la mutación en el orden del saber en Occidente localizada a finales del siglo XVIII y principios de siglo XIX, y que abrió paso a lo que se nombra como modernidad, se dio lugar por la redefinición de los modos de enunciación, pasando de una episteme definida por una tendencia general clasificatoria (llámese época clásica al periodo comprendido entre principios del siglo XVII hasta finales del siglo XVIII) basada en el elemento de la marca externa dotadora de identidad, a otra que toma distancia del carácter visible y repliega a los cuerpos en su invisible interioridad. Pero para poder situar tal mutación es menester definir la manera en que la época clásica hace la experiencia de la comprensión del orden de las cosas y del mundo.



La época clásica puede definirse en términos generales por una vocación que se hacía extensiva a todas las formas del conocimiento, tendencia por lograr una clasificación exhaustiva de la experiencia en todos los órdenes. Así, la relación entre los seres y las cosas del mundo serán

pensadas a la manera de un «cuadro», de series de cuadros en diversos escenarios: «La vocación profunda del lenguaje clásico ha sido siempre la de hacer un 'cuadro': sea como discurso natural, compilación de la verdad, descripción de las cosas, *corpus* de conocimientos exactos o diccionario enciclopédico» (Foucault, 1968, p. 302). El universo clásico y las formas de su comprensión estarían arraigados en esta tendencia. Pero para lograr estas formas de aproximación a la realidad y concretar el «cuadro», en aquello a clasificar se hacía imprescindible una marca, un carácter externo que tuviera la propiedad de alojar el taxón que permitiría pasar de un objeto a otro en una serie sin correr el riesgo de que ésta se fragmentara. De ahí el especial cuidado de los clásicos por la ubicuidad de esta marca, que estará sobredeterminada por un doble papel: en primer lugar, permitirá asegurar a un objeto la pertenencia a tal serie en específico, pero además de esto pasará ella misma, por su virtud serial, a ser el representante mismo de la cosa en la que se halla contenida. De esta manera esta marca externa cumplirá el papel de representante de la cosa, ella se ubicará en su lugar y es a partir de la representación como el programa clásico se hace cumplir: «Pues lo fundamental, para la episteme clásica (...) es una relación con la *mathesis* que hasta fines del siglo XVIII permanece constante e inalterada (...) las relaciones entre los seres se pensarán bajo la forma del orden y la medida» (Foucault, p. 63).

Surgen así discursos en esta época que se apropiarán de diversos sectores del conocimiento: «Así aparecieron la gramática general, la historia natural, el análisis de las riquezas, ciencias del orden en el dominio de las palabras, de los seres y de las necesidades» (Foucault, 1968, p. 64). Los análisis de las riquezas se harán posibles sólo en la medida en que existe un representante, una marca visible que permita indicar y contener por sí misma a la riqueza: la moneda-metal será la encargada de acoger en su textura tremenda encomienda; igualmente en la historia natural los caracteres anatómicos externos muestran

condición de hacer posibles las series clasificatorias; por último, las palabras serán los representantes más aptos para dar fe de los objetos a los cuales representaban autorizando una gramática general encargada de establecer las propiedades representativas de las palabras, con lo que se podrán construir los «cuadros» de las lenguas.

Es éste en términos generales el panorama clásico que se mantiene inalterable hasta finales del siglo XVIII cuando se dan una serie de mutaciones epistémicas que reconfiguran los espacios del saber, dando lugar a nuevas modalidades de enunciación y a la presentación de nuevos objetos para el conocimiento, dando inicio a lo que se conoce como época moderna. En la modernidad las formas del conocimiento se desprenden de la función determinante de la representación para sentar su análisis desde un lugar diferente, oculto, interno e invisible. Aquello que la época clásica concibió como análisis de las riquezas, historia natural y gramática general, cede su lugar a nuevas formas del conocimiento. En primer lugar, el trabajo se convierte en una nueva posibilidad en el terreno del análisis de las riquezas. No es ya a través de la moneda-riqueza que se realizarán los análisis de estas últimas, sino a través de su valor de significación de las riquezas, lo que les da a éstas una circulación no prevista, desplazando los análisis de las riquezas a su circulación, circulación que se dará, según Foucault (1968), en una cadena temporal conocida como producción:

Todo valor se determina no según los instrumentos que permiten analizarlo, sino de acuerdo con las condiciones de producción que lo han hecho nacer; y aún más allá, esas condiciones son determinadas por la cantidad de trabajo aplicada a su producción. (p. 250).

En adelante el trabajo se constituye en el precursor y requisito para los nuevos análisis de la riqueza, replegándola sobre los *ritmos* de producción, dotándola de una dimensión temporal, en síntesis, adquiriendo su propia dimensión histórica,

la cual le vendrá de sí misma, en resumen, tendrá derecho a su propia historicidad. Nace así el discurso económico. En un segundo lugar, por el lado de la historia natural se ven agotadas todas las posibilidades ordenatorias basadas en un carácter clasificador a partir de las características visibles, surgirá un nuevo principio ordenador de las empiricidades diferente al privilegiado durante la época clásica: la vida. La vida aparece como un efecto múltiple de funciones orgánicas en mutua interacción e interdependencia que sostendrán, por un efecto de conjunto, la posibilidad de ser de todo organismo. Ahora el lugar de este nuevo saber será algo invisible, algo que no salta a la vista, será un espacio «... hecho de organizaciones, es decir, de relaciones internas entre los elementos cuyo conjunto asegura una función (...) donde la visibilidad no tiene ya papel alguno» (Foucault, 1968, p. 214). No se hablará más de seres sino de organismos, alojados en el interior de sus cuerpos que contienen organizaciones internas con las cuales se podrá no sólo señalar aquellos otros organismos que son idénticos sino también aquellos de los que se diferencia. Así la historia natural anudadora de la cadena de los seres pierde su esencia abriendo paso a una biología que persigue no ya seres sino organismos en el interior de sus configuraciones orgánicas, abriendo paso al fenómeno de la vida, configurando una biología. Por último, en lo concerniente a la gramática general, las palabras desempeñarán un papel distinto. Las lenguas, al igual que los organismos, se replegarán hacia su espacio interior, adquirirán su propia historicidad. Foucault cita a Schlegel sobre el asunto:

Sin embargo, el punto decisivo que aclarará todo es la estructura interna de las lenguas o la gramática comparada, la cual nos dará las soluciones completamente nuevas sobre la genealogía de las lenguas, de la misma manera que la anatomía comparada ha esparcido una gran luz sobre la historia natural (p. 274).



Estos análisis comparativos tendrán como fundamento un supuesto que trastocará la función de las palabras: «Para que la palabra pueda decir lo que dice, es necesario que pertenezca a una totalidad gramatical que, en relación con ella, es primera, fundamental y determinante» (Foucault, 1968, p. 275). En resumen, de ahora en adelante la analítica de las palabras se dará no en el elemento de la representación sino en el de la organización gramatical que le preexiste y la determina, del sistema de reglas que permiten la semántica y la sintaxis de las palabras, y en esa medida la palabra-signo tendrá valor de significación en tanto que remite a un sistema signifiante que con relación a ella es previo, razón por la cual las diferentes lenguas serán apreciadas de igual manera por obedecer todas y cada una a diferentes organizaciones internas que por comparación entre ellas se planteará la posibilidad de una ciencia del lenguaje: la filolingüística.

Pero a lo largo de este recorrido nada se ha dicho sobre la aparición de la figura del hombre en el saber occidental. En la época clásica su lugar estaba asegurado dentro de la cadena de los seres a la cual pertenecía, pero rota la cadena, y los objetos individualizados replegados sobre sí mismos, ¿qué lugar queda asignado a éste? El hombre aparecerá en un lugar adjunto a estos nuevos objetos, en un lugar de difícil ubicuidad, lo que le dará cierta consistencia de densidad y complejidad. Foucault (1968) lo presenta de la siguiente manera:

En un sentido, el hombre está dominado por el trabajo, la vida y el lenguaje: su existencia concreta encuentra en ellos sus determinaciones; no es posible tener acceso a él sino a través de sus palabras, de su organismo y de los objetos que fabrica. (p. 305)

El hombre se torna en un ser empírico al cual sólo se podrá tener acceso por lo que hace, pero tales accesos ya están dominados por la filolingüística,

la biología y la economía respectivamente. Será en un espacio de proyección de estos nuevos saberes que se especificará al hombre como ese ser capaz de representarse lo que es la vida, el trabajo y el lenguaje. Será el hombre ese representador por excelencia y el sitio de tal operación, su conciencia. Las ciencias humanas se encargarán de este ser representador y de su conciencia como escenario de esta tendencia.

Surge el hombre en el horizonte del saber occidental con un doble papel: será ahora sujeto de las experiencias y al mismo tiempo aparecerá como objeto de las mismas, el hombre es ahora aquello que conoce y al mismo tiempo que puede ser conocido:

El modo de ser del hombre tal como se ha constituido en el pensamiento moderno le permite representar dos papeles; está a la vez en el fundamento de todas las positivities y presente, de una manera que no puede llamarse privilegiada, en el elemento de las cosas empíricas. (Foucault, 1968, p. 334)

En la época clásica la posición del hombre, al igual que el de los demás seres, estaba indicada en la cadena de los seres, era uno más entre ellos: allí no emergían hombres sino seres, figuras capturadas por el encanto de la representación. Pero su importancia, su privilegio estaban en ser él quien tenía entre todos los seres la capacidad de dar cuenta de aquello que se estaba representando, cierta facultad lo autorizaba a retratar el orden del mundo y de esta manera él estaba por «fuera de escena» en un lugar especial. Así, el pensamiento del hombre, en la época clásica, lo remiten a una verdad que está fuera de él mismo, el sujeto clásico se representará como un ser que será un ser más puro y perfecto, imagen divina en cultivo, cuya trascendencia será, según Salazar (1988, diciembre): «... condición de toda posibilidad de conocimientos debidamente fundamentados» (p. 58). En la modernidad el modo de ser del hombre será la empiricidad y no

la trascendencia. Cuando Foucault (1968) presenta los méritos de Cuvier en las transformaciones del saber en Occidente en su texto *Las Palabras y las Cosas*, describe cómo se desata la cadena de los seres, cómo la historia natural pasará a ser una biología:

A partir de Cuvier, lo vivo se envuelve en sí mismo, rompe sus vecindades taxinómicas, se arranca al vasto plan constrictor de las continuidades y se constituye un nuevo espacio: espacio doble a decir verdad –ya que es el espacio interior de las coherencias anatómicas y las compatibilidades fisiológicas, y el exterior de los elementos en los que reside para hacer de ellos su propio cuerpo (p. 268).

En adelante es el cuerpo del hombre y no su trascendencia la condición de acceso a su conocimiento. El hombre en adelante será conocido a través de su cuerpo, para decir mejor, por medio de las configuraciones internas de éste. Pero hay más: si bien parece que lo que se sucede allí es el paso de una taxonomía a otra, lo que emerge de su lugar secreto es la anatomía interna, que será la clave para establecer nuevas clasificaciones más locales que congregarán a los individuos, les darán (por una afinidad del espacio interno) su identidad de grupo alrededor de una especie; cada individuo poseerá un interior al cual habrá que acercarse para conocer, descubriendo en última instancia tantas organizaciones internas, múltiples y diversas, como individuos observados. Estas diferencias individuales serán saldadas en un asunto que cobrará gran importancia y que no dejará de resonar aun hasta nuestros días: el de las condiciones de vida, aquellas que testimonian cómo este organismo particular se ha sabido defender en un medio ambiente igualmente particular para suplir sus necesidades, en las que se podrá «leer» la «historia de su vida». De ahí el privilegio moderno por lo interno, por lo individual, por la historicidad de cada individuo que dará cuenta de sus avatares con el medio exterior.

La episteme moderna, y con ella las ciencias humanas, privilegiará la individualidad. A partir de este asunto de la individualidad las ciencias humanas harán una elaboración propia retomando en una perspectiva diferente construcciones de la biología, la lingüística y la economía. La biología ofrece ciertas ventajas a las ciencias humanas en la conformación del objeto hombre; el hombre no será un simple organismo para éstas (pues es la biología la que se acredita el estudio de los organismos) sino algo más que eso. Primero, ofrece un cuerpo, es decir, les da un espacio-lugar, una sede donde asentar sus elaboraciones; y segundo, que es quizá la más importante, este volumen funcional, que es el organismo, será tomado en un espacio nuevo, un espacio virtual, de proyección: si bien el hombre es más que un organismo, o mejor, es más que su organismo, al igual que todos los seres vivos poseen un cuerpo dotado de *funciones* que lo mantendrán en vida, permitiendo el flujo continuo de adentro hacia fuera y viceversa, de materiales y de estímulos (no sólo físicos y químicos, sino también sociales y culturales), pero lo que le será acreditado como propiamente humano, será que él mismo tiene «... la posibilidad de encontrar *normas* medias de ajuste que le permitan ejercer sus funciones» (Foucault, 1968, p. 346). Se obtiene entonces de la biología un espacio-lugar de análisis que es el cuerpo y la constatación de una normatividad en el hombre.

De la lingüística igualmente se maniobran ciertas extracciones: el lenguaje ha emergido como una organización gramatical previa que determina y da un valor particular a cada uno de los diferentes elementos que lo componen, lo cual deja espacios de proyección sobre los que el ser del hombre debatirá su existencia, porque al igual que las palabras, también sus gestos, sus desfallecimientos, sus errores, hasta sus silencios, y todas sus conductas pasarán a valer como signos dotados de *significación*, queriendo decir algo por lo que se podrá construir en esta dispersión de significaciones un *sistema* de signos. En esa medida las ciencias humanas podrán capturar al

hombre en y como un sistema signifiante, que puede ser leído e interpretado.

La economía, por su parte, también se hace partícipe del moldeamiento del objeto hombre. Para la economía el hombre es un ser atravesado por necesidades y deseos que movilizan en él acciones e intereses que lo confrontarán con situaciones diversas e, incluso, con otros hombres, de esta manera son sus deseos y necesidades los que movilizan la cadena productiva, además de que lo hacen aparecer, como señala Foucault (1968), en «...una irreductible situación de *conflicto*» (p. 346), situación que tendrá que ser solventada dándole la mejor de las salidas, estableciendo formas consensuadas de solución, por lo que se pondrá en la tarea de hallar un conjunto de *reglas* para estabilizar, así sea por un momento, aquella situación de conflicto. De este modo podrá hurgarse y encontrarse allí algo que será del orden de lo humano, pues más allá del conflicto, tal como es tomado por la economía, se desprende la posibilidad de ubicar al hombre en tanto ser que se representa los conflictos que están sujetos a reglas, y a las ciencias humanas se les encomienda la «tarea» de solucionar los conflictos y entender las reglas generadoras de éstos. En resultado, aparecen las ciencias humanas como un volumen denso de configuraciones y mezclas: se definirá al hombre no propiamente como organismo repleto de funciones sino sometido a ellas, a las que se exponen su cuerpo, sus gestos, sus comportamientos; a su vez, éstos podrán valer como indicios, signos de un conflicto interno o con el exterior, sobre el que habrá que pensarse en un conjunto de reglas, esto les permitirá a las ciencias humanas y a la psicología un discurso sobre su objeto hombre y unas prácticas sobre él. Estos conceptos emergentes de norma, regla y sistema serán «... tomados de nuevo en el volumen común de las ciencias humanas» (Foucault, p. 347) y cumplirán un papel de operadores lógicos cuyas posibilidades combinatorias expanden en un espacio abierto al hombre cuyos análisis podrán ejecutarse en auxilio de tales combinaciones. Lo que estos préstamos

precisan es un espacio de configuración donde aparece el hombre debatiéndose entre normas, reglas, sistemas y todo un juego de conceptos que marcan y delimitan las maneras de acceder y de apropiarse del hombre.

En toda esta determinación el hombre se presenta al saber a través de su cuerpo abierto y constituido por una serie de procedimientos discursivos enfatizados en su individualidad, en su cuerpo-lugar, en la manera en que este sujeto se debate y hace aplicable a su particular estilo de vida las normas que lo definen y le prescriben las maneras de hacer con su organismo; cómo este sujeto adecúa a ciertos conflictos que condicionan su existencia, unas reglas y se vale de ellas a su manera; cómo este individuo crea y se crea entre un conjunto de significaciones a partir de las cuales hará particulares redes que darán sentido a su existencia. Pero por otra parte intentará ir más allá de los casos particulares para restituir la unidad que dé cuenta de las múltiples y disímiles expresiones: según Foucault (1968), cuando el hombre trata de definirse como ser vivo:

Sólo descubre su propio comienzo sobre el fondo de una vida que se inició mucho antes que él; cuando trata de remontarse como ser que trabaja, sólo saca a luz las formas más rudimentarias en el interior de un tiempo y un espacio humanos ya institucionalizados, ya dominados por la sociedad; y cuando trata de definir su esencia de sujeto parlante, más acá de cualquier lengua efectivamente constituida, no encuentra jamás sino la posibilidad ya desplegada del lenguaje, (p. 321).

Las ciencias humanas pretenderán, de una manera no tan directa, encontrar aquello que dé cuenta de la vida, del deseo y del lenguaje en sus múltiples expresiones a través de una analítica de la finitud, formas éstas que en un análisis más fino no serán más que eventos pasajeros, hasta cierto punto desdeñables, pero que contendrán un cierto encanto y una promesa futura, pues

enfatar la individualidad, el caso a caso, el Yo único y sin igual, presumirá un compromiso con la desalienación de los sujetos. La búsqueda de esta unidad comportará una consecuencia que será igualmente constituyente de las ciencias humanas. Esta búsqueda de la esencia de esas formas que son la vida, el deseo y la ley... del lenguaje, se hará a manera de cuestionamiento de esas formas concretas y empíricas que son el cuerpo-organismo, el trabajo y el lenguaje en un intento por restituir el perdido origen del hombre. Pero son la vida, el trabajo y el lenguaje aquello que permite la posibilidad de la representación, por lo tanto se intentará ir más allá de las representaciones mismas, hacia aquello que permite que las representaciones emerjan, buscando esa anterioridad para hallar la «ley de lo emergente» (sea la representación o la empiricidad misma). De ahí que Foucault (1968) describa un profundo arraigo de las ciencias humanas con lo inconsciente:

En el horizonte de toda ciencia humana existe el proyecto de remitir la conciencia del hombre a sus condiciones reales, de restituirla a los contenidos y a las formas que la han hecho nacer y que se eluden en ella; por ello, el problema del inconsciente –su posibilidad, su situación, su modo de existencia, los medios de conocerlo, de sacarlo a la luz- no es simplemente un problema interior de las ciencias humanas que éstas se encontrarían por azar en su marcha; es un problema que es finalmente coextensivo a su existencia misma, (p. 353).

Por ello el movimiento de las ciencias humanas se establecerá en el plano conciencia-inconsciente, buscando al inconsciente a través del lenguaje, del cuerpo, de los sistemas culturales y sociales, en un intento por reintegrar al primado de la conciencia o de la representación, el sistema, la ley o el inconsciente que las hace posibles, devolver al cogito, al pensamiento, al saber, aquello que lo fundamenta pero que se le escapa allí mismo. Se da de esta manera un movimiento

que marca el fin de la episteme clásica. Por un lado se pasa de un Yo, entendido tal como un sujeto trascendental a un Yo constituido como privilegio de la individualidad. Es aquí donde surge la posibilidad de aquellos discursos que conocemos como psicologías, y que un análisis a nivel arqueológico muestra el lugar y el movimiento que las hacen posible a partir de la duplicación del hombre como sujeto y objeto del conocimiento. Esta duplicación se da a través del espacio interno. El estudio de los nervios, las mediciones de la sensación, la transmisión del impulso nervioso, todos ellos contribuirán en un primer momento en la constitución del espacio de la empiricidad sobre las personas. A través del sustrato neuronal se intentará dar ubicación al ser del hombre. Así la anatomía y la fisiología serán requeridas por las ciencias humanas, pues la espacialidad y prestancia del cuerpo para la experimentación serán decisivas a la hora de dirigir los estudios a tales terrenos.

El asunto de la conciencia será abordado en el terreno biológico, el Yo se alojará en la anatomía del cuerpo, y es este encuentro entre cuerpo e individualidad lo que arrojará como resultado una figura que hasta nuestros días no cesa de reivindicar su presencia y su mérito en los terrenos de las ciencias humanas: la personalidad. En este cerebro portador de la personalidad se intentará igualmente localizar lo que diferencia a un individuo de otro. Lazareff lo ejemplifica: «Tras una extensa observación, Gall estableció 27 facultades tales como la destructividad, la amistad y el lenguaje, cada una de ellas localizada en una determinada región del cerebro. La destructividad, por ejemplo, se localizaba justo encima del oído» (Visitado 2004, agosto 11). Por otra parte, la proximidad de la fisiología con la medicina comportará consecuencias claves para las ciencias humanas: su práctica clínica (su énfasis en el caso individual), su elaboración teórica y metodológica serán fundamentales para el surgimiento y mantenimiento de las ciencias humanas: éstas tendrán ahora argumentos (fisiológicos y médicos) para dar cuenta de multiplicidad de seres que adquieren su sentido al interior de un discurso

que ha de privilegiar la individualidad y el sentido particular de la experiencia. Se trata de conocer al individuo, de conocer sus gustos, sus ánimos y los elementos que guían su voluntad. «A partir de la aparición del problema de la personalidad se entra ya en lo que Foucault denomina la episteme moderna» (Escobar, visitado 2004, agosto 9). La noción de personalidad se sostiene en las diferencias entre los hombres.

Hay a partir de ahora un espacio interior: la mente y la personalidad, en donde los hombres proclaman y sostienen su individualidad. La interioridad de la conciencia individual se ha hecho positividad. Pero la «avidez» de las ciencias humanas no se detendrá allí. Teniendo un cerebro-conciencia y esa condición llamada la personalidad, podremos descomponer al hombre en lo que él es en su interioridad y en aquello a través de lo cual expresa esa interioridad, en aquello que hace signo de tal interioridad, es decir, sus conductas. Las ciencias humanas, entre ellas la psicología, distribuirán en adelante al hombre entre lo que es en su esencia y lo que éste hace o se le ve hacer, la conducta. Hernández, citando el artículo «Psychology as a Behaviorist View it» de John Broadus Watson, afirma que el realce de este objeto (la conducta) tenía una pretensión clara: «...expulsar definitivamente de la psicología los modelos de orden mentalista» (Visitado 2004, septiembre 10), para de esta manera y con su nuevo objeto, darle a la disciplina el estatus científico que necesitaba. Es así como los trabajos de Watson (Hernández, visitado 2004, septiembre 10) marcan el inicio de una psicología, posteriormente llamada psicología de la conducta o conductismo, que centra su interés en los aspectos epistemológicos de la ciencia (inscripción total en el método científico).

Al incursionar en el campo de los comportamientos operando como signos materiales de la personalidad, se abona el terreno para que se despliegue una tecnología de la conducta. Pues a partir de este momento sólo es posible hablar del hombre y de su individualidad a través de un análisis

de la conducta, que por su estricto rigor científico, prescinde (parcialmente) del espacio interior. La materialidad del cuerpo y la conducta se prestan para la experimentación y acreditación científicas, no obstante, existe en ellos un papel mucho más contundente del que un análisis «tradicional» no lograría dar cuenta. En lo trazado hasta aquí se ha visto cómo el saber, y ciertas configuraciones de orden epistemológico, pueden hacer que ciertos objetos aparezcan o no como posibilidades para el conocimiento, vaciando su surgimiento de una supuesta «inocencia cognoscitiva», indicando que sobre éstos se hace efectiva cierta manipulación de orden epistemológico. Sobre el cuerpo habrá la posibilidad de vaciar toda una serie de procedimientos extracientíficos que tendrán como propiedad en última instancia su doblegamiento y dominación. En este punto hacen entrada en escena las prácticas sociales, haciéndose efectivas al interior de las instituciones, comprometiendo de manera indisoluble el saber con las prácticas y el ejercicio del poder. Se dirá entonces que las instituciones son aquellos lugares donde se produce un ejercicio de poder sobre los cuerpos, en primera instancia, de los hombres. Es necesario, por lo pronto, decantar un poco el concepto de poder como lo entiende Foucault para sostener cómo se da allí el encuentro saber-prácticas-poder. Según Foucault (1988) el poder sería:

Un conjunto de acciones sobre acciones posibles; opera sobre el campo de posibilidad o se inscribe en el comportamiento de los sujetos actuantes; incita, induce, seduce, facilita o dificulta; amplía o limita, vuelve más o menos probable; de manera extrema, constriñe o prohíbe de modo absoluto; con todo, siempre es una manera de actuar sobre un sujeto actuante o sobre sujetos actuantes, en tanto que actúan o son susceptibles de actuar (p. 15).

Se abandona la concepción del poder como práctica de castigo sobre el cuerpo, cuya connotación es totalmente negativa. El poder deja de tener esa marca negra y lúgubre; es un ejercicio más sigiloso, menos cruento, más efectivo y prospectivo en el sentido de que no se dirige a lo cometido sino a lo que está por ocurrir, el poder, como lo señala Gabilondo (1990): «... es menos una propiedad que una estrategia, y sus efectos no son atribuibles a una apropiación, sino a disposiciones, maniobras, tácticas, técnicas, funcionamientos. Se ejerce más que se posee» (p. 161).



Este encuentro saber-prácticas-poder se dará primeramente en el espacio del cuerpo, pero esta operación tendrá una consecuencia secundaria que será fundamental: «Mediante una manipulación del cuerpo va a crear en éste una segunda naturaleza (el alma)» (Builes y Pérez, 1993, p. 47). Naturaleza que tendrá una doble función: registrar las operaciones sobre el cuerpo que hará que éste se maneje de determinada forma, y celar continuamente las actividades del sujeto. El cuerpo y sus diversas manifestaciones, entre ellas la conducta, se torna como objeto de estudio-vigilancia por parte de este sujeto y de otros que se acreditarán el derecho de decir sobre él todo lo que haya que decir.

Así el individuo es un producto del encuentro saber-prácticas-poder, sujeto «... sometido a otro a través del control y la dependencia, y sujeto atado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí» (Foucault, 1988, p. 16), conocimiento que le vendrá de afuera actuando en él a modo de norma, de verdad sobre su cuerpo, sobre su existencia, sobre su ser. Entre estos sectores se encuentran las ciencias humanas por «derecho propio» y entre ellas la psicología de la conducta. Se producen conocimientos sobre esos cuerpos, sus diversos gestos, palabras y también sobre sus conductas, y son cedidos en forma de verdad para los sujetos. Este propósito normativo



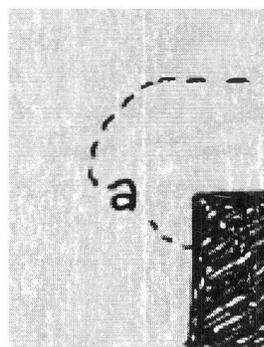
se devela en esa singular relación de saber-prácticas-poder, el primero emitiendo y produciendo conocimientos: clasificando las dispersiones de los comportamientos en pequeños grupos de identidad obtenidos por ciertas afinidades internas y de funcionalidad, cediendo y procurando categorías bajo las cuales los sujetos se identificarán, y a partir de las cuales juzgarán y apremiarán sus preceptos morales y sus nociones culturales de legitimidad y legalidad en los comportamientos, estableciendo el criterio base de normalidad de las conductas, la manera de conducirse en la sociedad. Y el segundo, mediante estrictos requerimientos sobre la conducta, configura todo un dispositivo de vigilancia y control que bajo la consigna de observación «casual» y experimental, individualiza, analiza, clasifica, reorganiza e institucionaliza las conductas de los sujetos ahora convertidos en manipulables objetos de estudio científico. A partir de los pares anteriores se desprenden los ejercicios de poder.

La psicología de la conducta se constituye en una forma de saber-prácticas que hace de su empresa (fundada en los principios teóricos de la ciencia positivista) la teorización, clasificación y tratamiento de los sujetos a través de sus conductas, teniendo por objetivo, según Vázquez (1995), «... la producción de cierto tipo de subjetividad a través del modelado de unos cuerpos dóciles y útiles mediante un detallado y riguroso aprovechamiento político del organismo y de sus fuerzas» (p. 119). La solicitud normalizadora de los sujetos se hace particularmente necesaria en el momento mismo que la institución o sistema social en el cual se encuentran inscritos (sea la familia, la escuela o la fábrica), los descalifica y los señala como desviantes, relegándolos incluso a la condición de enfermos por la indeseabilidad de sus conductas. Se inicia una fase de diagnóstico o examen. Esta forma de práctica-saber llamada «examen», consiste «... en el ejercicio continuo de una mirada

jerarquizadora que extiende su vigilancia permanentemente sobre cada punto del espacio sometido a su control» (Vázquez, p. 120). Todos los participantes de esta práctica son a la vez sujetos y objetos de «examen»:

No se limita a ser una observación pasiva, funciona a la vez como sanción que pretende encauzar, «sanción normalizadora», pues difunde a través del espacio institucional una micropenalidad, todo un sistema de premios y castigos que actúa correctivamente sobre las conductas y permite cualificarlas, definir naturalezas y tipos de intervención (Vázquez, p. 120).

Situado en el centro de la psicología de la conducta, «... el examen es un estilo de saber-poder cuyo desempeño hace posible la aparición del individuo como objeto descriptible» (Vázquez, 1995, p. 122), convertido en caso clínico a través del registro sistematizado de sus conductas, los estímulos que hacen posibles dichas conductas y los programas particularizados de modificación conductual que, retirando e introduciendo elementos de orden ambiental, logran la extinción de la conducta «enferma» y en su lugar la instalación de la conducta «sana».



Discusión - Conclusiones

En medio de este campo de relaciones entre saber, prácticas y poder, perdido y abrumado por el peso de tales condiciones, se halla un sujeto que algunas veces observa, calla, se pronuncia, interroga, rechaza, acepta o sanciona, responde y cuestiona su condición actual. Percatarse de tal estado de cosas e intentar franquear respuestas habituales a veces suele ser dispendioso y hasta doloroso: se interroga a todos los niveles, se sospecha de los detalles, se inicia la búsqueda de un «algo» que logre apaciguar tales intelecciones que al percatarse de tal orden de cosas logran ofrecerle apreciaciones muy caras a su existencia.

En primer lugar, es que si su condición, su estatus, aquello que vale para que se reconozca entre los demás seres y cosas del mundo, lo que le permite crearse una identidad y decidir en reconocerse en ella, es un simple efecto de ciertas disposiciones (discursivas, prácticas, sociales, institucionales), esto querrá decir que su condición vale en tanto que posibilidad efectiva de entre otras posibilidades, querrá decir que si alguna vez fue de esta manera, estas mismas disposiciones pueden arreglárselas para que sea de otras tantas maneras, lo que abre al infinito las posibilidades del ser que al ser sólo lo que las posibilidades le ofrecen, puede virtualmente llegar ser todas las posibilidades a la vez, o lo que equivaldría a lo mismo, ser nada, pues no lograría entrever algo allí que haga unidad, síntesis, identidad permanente e invariable, dejándolo en un vacío, casi condicionando su existencia. En segundo lugar es que si su condición de humano es del orden de las posibilidades de existencia, de las posibilidades de enunciación, habrá que cuestionarse lo que en cuanto al conocimiento y la verdad se refiere; si lo que es tomado por cierto, por verdadero lo es pero en tanto que posibilidad, en tanto que opción, ¿qué importancia puede tener aferrarse a una verdad, a un conocimiento que no es más que posibilidad?, ¿qué fin puede tener una verdad? Es innegable que en este punto es donde se sitúa la pregunta por el poder, su decantamiento, su develamiento, su apresamiento, su efecto de sujeción. Pero bien, luego de detectados los efectos del poder, las formas de procedimiento, sus lugares de operación y las huellas que dejan en los cuerpos y en los sujetos, ¿qué hacer con todo ello?, ¿cómo tramitarlo?, ¿para qué?, y lo que es más importante, ¿cómo es posible salirse de su radio de acción?

Estos cuestionamientos han de recaer directamente sobre las que dicen ser las ciencias del hombre, ahí está el duro reclamo que les dio su origen pero que se torna en «roca pesada». La pregunta queda allí abierta para ser respondida. Si la psicología se descompone en tantas divisiones, si con cada división aparece un nuevo modo de

enunciación de los sujetos, si se puede ser todos y ninguno a la vez, ¿qué finalidad tiene tal desperdigamiento? Es evidente que es una finalidad política de control, pero que es cuestionable en aquellos discursos que promulgan la salud y el bienestar de las personas. ¿Será que la relación entre saber y poder como prácticas de sujeción realizadas por las ciencias humanas se podría convertir en prácticas de subjetivación, en prácticas de libertad a través del cuidado de sí? En su búsqueda de formalización las ciencias humanas olvidaron la mañana que las vio nacer, olvidaron aquella preocupación que les indicaba insistentemente cuál debía ser su labor entre los hombres, se olvidaron de los hombres mismos, de su existencia. Pero éstos aun no sucumben, su voluntad aun no se quebranta en la búsqueda de un lugar y un tiempo para ser, o quizás, más allá de la dimensión misma del tiempo y del espacio, dar un campo de posibilidad al ser, y aquellas a quienes se les indicó tan noble tarea ahora agonizan en medio de un lento olvido, en medio de un aferro ciego en desuso para el cual parece no haber ya oídos dispuestos. Ahora queda sólo la tarea de continuar la marcha, de abrir caminos más dignos al ser, de propiciar tal vez condiciones de libertad para tales arrojados, de introducir nuevas formas de relación del sujeto con el mundo y lo que es más importante, consigo mismo. Éstas son cuestiones que requieren miramiento y cuidado, aun más cuando en nuestros tiempos se recusa de cualquier forma que indique aprehensión o dominio, tiempos en los que los debates sobre la ética, la convivencia y el futuro mundial se tornan cada vez con más insistencia en temas de primer rango, temas que constituyen un signo de nuestra época.

Referencias Bibliográficas

- BRAUNSTEIN, N., (1975): El Encargo Social y las Premisas Operantes en la Psicología Clínica. En: N. Braunstein, M. Pasternac, G. Benedito y F. Saal (Eds.), *Psicología: Ideología y Ciencia* (20° ed.), (pp. 385-402). México, Siglo Veintiuno Editores.

- BUILES, C. y PÉREZ, J. G., (1993): *El Discurso, el Saber y el Poder en Algunos Textos de Michel Foucault*. Trabajo de grado para optar al título de Filósofos, Facultad Eclesiástica de Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia.
- CANGUILHEM, G., (1971/1981): *Lo Normal y lo Patológico* (3° ed.), México, Siglo Veintiuno Editores.
- ESCOBAR, H. (s.f.). *Hacia una arqueología de los discursos psicológicos*. Extraído el 9 de agosto, 2004 desde <http://www.psicomundo/hectorescobarsotomayor.htm>
- FOUCAULT, M., (1988): El sujeto y el poder, *Revista Mexicana de Sociología*, 3, 3 – 20.
- (1968/1993): *Las Palabras y las Cosas* (22° ed.). México, Siglo Veintiuno Editores.
- GABILONDO, A., (1990): *El discurso en acción, Foucault y una ontología del presente*. Barcelona: Anthropos.
- HERNÁNDEZ, L., (s.f.). *Del Conductismo metodológico al Conductismo radical*. Extraído el 10 de septiembre, 2004 desde <http://www.comportamental.com/articulos/23.htm>
- LAZAREFF, J., (s.f.). *Franz Joseph Gall, (1758-1828)*: Extraído el 11 de agosto, 2004 desde <http://www.aprendereninternet.com/psicologia/biografias/gall.htm>
- SALAZAR, R., (1988): Posmodernidad y ciencias humanas. *Sociedad, educación y desarrollo*, diciembre, 54-67.
- VÁSQUEZ, J., (1995): *Foucault: La Historia como Crítica de la Razón*. Madrid, Propiedad de Literatura y Ciencia.